

## HISTORIA NATURAL.



## LAS AVES DEL PARAISO.

1. *Paradisæa apoda*, y mas conocida por el nombre *Esmeralda*. 2. *Paradisæa aurca*, llamada *seis hilos*, por las seis plumitas de la cabeza. 3. *La incomparable*, descrita por M. Le Vaillant. 4. *La nebulosa*, descrita por el mismo. 5. *Paradisæa superba*, ó *la soberbia*.

Segunda série. — Tomo III.

31 de octubre de 1841.

## LAS AVES DEL PARAISO.

EN toda la historia natural no se hallará una especie que haya confundido mas á los antiguos naturalistas que la *manucodiata*, mas generalmente conocida por el nombre de *Ave del Paraiso*. Que el hombre ignore la formacion de las piedras ó metales preciosos no es extraño, porque el proceso de la naturaleza en tales producciones nos está oculto, y quizás se requerirán muchos siglos para obtener su última perfeccion; pero suponer que un pájaro está privado de patas, mantenido del rocío, y suspendido siempre en una atmósfera para distinta de la que nos rodea, es á cuanto puede llegar la inclinacion del hombre á todo lo maravilloso ó sobrenatural. Los naturalistas del siglo XV veian el esqueleto de un pájaro mas brillante con mucho que el pavo real, cubierto de manchas de los visos mas delicados, alas mas semejantes á hilos de oro y seda que á plumas; plumas largas y ensortijadas, cayendo hácia atrás, y finas como cabellos; otras nacidas en la cabeza y estendiéndose como alambre de oro bruñido; é imaginando que un animal con tan delicados adornos no podría resistir una ráfaga de viento, un granizo ni una gota de agua, no hallaron pais alguno apropiado para su habitacion, sino un paraiso donde todo fuera tranquilidad y delicia. Veamos el origen de estas conjeturas.

Descubiertas las Indias orientales por los europeos, las producciones mas raras fueron por consiguiente los primeros artículos de aquel comercio. Las especias finas eran sumamente apreciadas, y buscándolas de isla en isla, llegaron á las Molucas, donde se hallan en abundancia las mas ricas. Algunos comerciantes portugueses, al ver las alas y plumas sueltas de estas aves en manos de los indios, preguntaron con ansia por el pájaro que los criaba, lo que bastó para que los naturales fuesen á los bosques á cazarlos. Los isleños no siendo naturalistas solo miraban el precio que podian obtener en la venta, y conociendo que las patas de estas hermosísimas aves son disformes y feas, se las cortaron para que los europeos no pusiesen falta, y bajasen los precios. Un engaño como es natural condujo á otro; los comerciantes viendo aquellos pájaros sin patas, preguntaron por ellas, y los indios que las habian estraído por su interés, aseguraron que estas aves no tenian semejante cosa. En un pais nuevamente descubierto, cuanto se vé y cuanto se oye es maravilloso; y así aunque cosa estraña, la carencia de patas en un pájaro, fue creida por los navegantes.

Traidos los esqueletos con plumas á los mercados de Europa, los engañados comerciantes engañaban á los compradores; así pues fue generalmente creido su cuento; el pájaro por su forma fue llamado *manucodiata*, y su estremada delicadeza le hizo conocer vulgarmente por *ave del Paraiso*, hasta que por último los naturalistas descubrieron la verdad, y se la hicieron confesar á los supercheros indios: la *manucodiata* fue espelida del jardin de delicias, y lanzada á buscar insectos en las cálidas islas de las especias, aunque reteniendo el nombre de ave del Paraiso para mengua de sus primeros descubridores.

Hay dos especies de estas aves: una del tamaño de una paloma al parecer, aunque su cuerpo no es mayor que un tordo; la otra especie es del grandor de una calandria. Los naturalistas que acompañaron á la expedicion francesa en 1817 describieron con bastante exactitud las propiedades de esta ave: vieron muchas de ellas en la isla de Vaigion en Nueva Guinea, y observaron que pertenecen á la clase de los omnívoros. Su alimento principal son frutas é insectos. Gus-

tan vivir en las partes mas inaccesibles de los bosques, y cuando el tiempo está sereno, posan sobre las ramas mas altas de los árboles. Vuelan con gran rapidez y constantemente contra el viento, porque de otro modo sus hermosas plumas les caerian sobre la cabeza, y les impedirian el vuelo. Cuando presenten por su instinto alguna tormenta, se retiran á parage seguro. Tienen un arrojé extraordinario, y siempre están dispuestas á atacar á cualquier ave de rapiña que se acerque á ellas. Ni hay egemplar de haber domesticado alguna, ni se tiene noticia alguna de sus nidos, huevos, incubacion, &c.

En el grabado que va por cabeza se ven algunas de las mas espléndidas con los nombres que Le Vaillant les da en sus obras. La especie número 1 es muy notable por la hermosura de su plumaje, compuesta de los colores mas brillantes, y se distingue por los filamentos largos y encorvados que salen de debajo de las alas y se estienen de media vara á tres cuartas de largo. — El número 2 se caracteriza por los seis filamentos que le adornan la cabeza. Los números 3 y 4 son copiados de la obra de M. Le Vaillant; este último está representado en el acto de ostentacion de un magnífico plumage á la manera que el pavo real lo hace con su cola. El número 5 exhibe la naturaleza y estructura del ave del Paraiso. La paletina que le cubre el pecho y la especie de abanico sobre las espaldas son absolutamente independientes de las alas; el pájaro las abre ó las cierra á su antojo, y no parece que estos adornos le sirven para el vuelo. Las que tienen sobre las espaldas caen y asientan sobre parte de las alas como un cuello de capa.

Los vistosos plumages de estas aves en sus variadas especies han contribuido al lujo, y excitado en el bello sexo un vehemente deseo de poseerlas, por lo que el esqueleto con todas sus plumas forma un artículo de comercio considerable en las islas de Nueva Guinea y Molucas, donde los naturales las cogen con redes, ó las matan con flechas de cañas preservando el cuero ó mas bien el esqueleto con plumas de un modo particular. Luego que han cogido la cantidad suficiente de la tarea del día los desentrañan y cortan las patas, é introduciendo un hierro caliente en el cuerpo, secan la humedad de la carne que ha quedado, sin dañar las plumas: despues llenan la cavidad con sal y especias, y preservados así, los venden á los europeos por una friolera. La estacion mas propia para la caza de estas aves es cuando los árboles estan cargados de nuez moscada; entonces vienen en grandes bandadas, y es mas fácil cojerlos, porque la fuerza de la nuez, como observa Tavernier, los entosiga tanto que caen al suelo sin sentido.

— 1810 —

## VIAJES Y DESCUBRIMIENTOS.

## III.

## EL MAR ARTICO.

Restablecida la paz en Europa en 1814, fijó la atencion del almirantazgo inglés la agitada cuestion del mar Artico. La posibilidad de efectuar el pasage Noroeste por la América, habia errecido con la noticia de la desaparicion de una enorme masa de hielo que formaba la supuesta barrera con que la naturaleza habia cerrado el paso en aquellas latitudes, por lo que el gobierno inglés resolvió mandar dos expediciones, una al estrecho de Davis para que navegando cuanto fuese posible hácia el Norte, tomase luego el rumbo hácia el N. O, buscando el estrecho de Behring; y

la otra derechamente al Norte cuanto fuese practicable por entre el continente de América y la isla de Spitzberger, y pasado el mar Glacial, dirigirse tambien al estrecho de Behring.

Cuatro barcos mercantes fueron tomados á flete por el gobierno, y comisionados á la empresa: la Isabela, de 385 toneladas, mandada por el capitán Juan Ross, y el Alejandro, de 252 toneladas, mandado por el teniente Eduardo Parri, fueron destinados para la mar interior, y la Dorotea, de 382 toneladas, al mando del capitán Buchan, y el Trento de 249 toneladas, mandado por el teniente Franklin para el viaje exterior de Grinlandia.

Reparados y fortalecidos estos barcos cuanto el arte de construcción pudo sugerir, y abastecidos con todo lo necesario para dos años, se hicieron á la vela en 18 de abril de 1818, partiendo de Londres para sus respectivos destinos con la mayor confianza de buen éxito, y la esperanza de ganar el premio que para este caso habia prometido el Parlamento. Sin embargo, en octubre siguiente regresó el capitán sin haber logrado su intento. Los barcos bajo su mando se remontaron hasta la latitud  $80^{\circ} 30'$ , cuando una tempestad tremenda los llevó contra los bancos de hielo desarbolando la Dorotea y maltratándola de tal modo que fue necesario volviere á Inglaterra, acompañada del Trento por temor de que naufragara en su vuelta.

El resultado de la expedición del capitán Ross fue menos desastroso. Entrando por el canal del Estrecho de Davis hallaron que el hielo iba aumentando á tal punto que casi imposibilitaba la navegación, hallándose rodeados los barcos de enormes bancos de nieve. Pero la perseverancia é intrepidez de aquellos marinos vencieron los obstáculos que se les oponian, hasta llegar á la isla Waygat, adonde desembarcaron para hacer observaciones astronómicas. De allí continuaron costeando hácia el Norte hasta la latitud  $76^{\circ}$ , donde quedaron sorprendidos al ver una cuadrilla de indios que venian acercándose á los barcos por el hielo, y luego fueron á recibirlos en paz. Tal era la ignorancia de aquellos salvajes, que hasta entonces se creian los únicos habitantes de la tierra. "No hay raza de indios, dice el capitán Ross, mas feos que estos; porquísimos en extremo; cubiertas las caras, manos y cuerpos con aceite y polvo, parece no haberse lavado ni una sola vez desde que nacieron."

Procediendo los navegadores en su empresa quedaron admirados al ver montones de nieve colorada, que derretida parecia vino de Oporto, y traída una porción á Inglaterra se halló por examen de químicos y naturalistas que su color procedia de la vegetación de un liquen estremadamente menudo criado sobre la nieve. Despues de haber reconocido varias enseñadas, llegaron á la sonda de Smith; el rumbo hasta entonces habia sido al Oeste, pero despues fue dirigido al Sur. La navegación se halló ahora franca, habiendo poco hielo en la mar y mucho fondo de agua: luego entraron por la sonda de Lancaster, y en 30 de agosto hallaron un canal de cerca de cincuenta millas de ancho, cuyo aspecto llenó de alegría á la expedición; pero; cuán vanas son las esperanzas del hombre, cuando solo estan fundadas en su deseo! Despues de haber navegado diez leguas, descubrieron una cordillera de montes que formaba el fondo de aquel canal, de donde volvieron tan desanimados como contentos habian entrado. Llegado el mes de octubre resolvieron volver á Inglaterra despues de una ausencia de seis meses.

El público criticó altamente al capitán Ross de haber abandonado la empresa precisamente cuando mejor aspecto presentaba, y aun el gobierno mismo censuró de descuido el no haberse acercado al pie de la supuesta cordillera, ni haber examinado la costa occidental de la bahía de Baffin para corregir ó mejorar la geografía de aquella costa en las cartas marítimas.

Resuelta por el gobierno otra expedición se equiparon dos buques, el Hecla, de 375 toneladas, y el Gripper, de 180, y abastecidos para dos años, se pusieron al mando del capitán Parry como comandante y compañero del capitán Ross en el viaje precedente; y el teniente Liddon fue nombrado para el Gripper. Estos dos barcos partieron de Inglaterra en 11 de mayo de 1819, y á principios de agosto llegaron á la sonda de Lancaster, á la que llamaron Barron Strait, y en el primer día pasaron los límites del viaje anterior continuando hasta longitud  $89^{\circ} 18'$  Londres, donde descubrieron una isla por la proa, desde la cual corria una completa barrera de nieve hasta la tierra del Norte, no pudiendo por consiguiente avanzar por el Oeste. Habia sin embargo un brazo de mar abierto todavia á la parte del Sur, al que llamaron Abra del Príncipe Regente, y entrando por este canal, se observó que la aguja de marear perdió su virtud directiva, quedando inútil para la navegación, guiando entonces el rumbo por las observaciones del azimut del sol y el tiempo aparente. Despues de proseguir por el Abra del Regente como 120 millas, se hallaron enteramente detenidos por el hielo, y volviendo al estrecho de Barrow hallaron con sorpresa que la barrera de nieve que les habia impedido avanzar por el Norte de la isla habia desaparecido, y navegando por allí, descubrieron un canal que llamaron Wellington, en el que nó veian ni tierra ni hielo.

La apariencia del pasaje deseado parecia ahora muy probable, y navegando con mucha dificultad á causa de las nieblas, despues de pasar varias islas, llegaron á una que llamaron Melville, y en el día 4 de septiembre cruzaron el meridiano  $110^{\circ}$  longitud Oeste de Londres, ganando el premio de 25.000 pesqs, uno de los ofrecidos por el Parlamento, y haciendo mas esfuerzos llegaron hasta la longitud  $112^{\circ} 51'$ , cuando los obstáculos se hicieron tan insuperables que resolvieron volver atras, y ciertamente que no se anticiparon demasiado, pues cuando llegaron á la bahía llamada de Hecla y Gripper ya tenia siete pulgadas de grueso, siendo necesario abrir con sierras un canal de tres cuartos de legua para el paso de los buques al lugar donde debian quedar.

Establecidos ya en los cuarteles de invierno, donde debian permanecer ocho ó nueve meses, tres de ellos sin ver el sol, fue necesario tomar todas las precauciones necesarias para la seguridad de los barcos, y preservar las provisiones. Se desarbolaron los buques, y sobre la cubierta de cada uno de ellos se formó un techo de tablones forrándole con paño muy grueso, y para mantener el calor y desterrar la humedad se dispusieron estufas en lugares convenientes. La distribución de las provisiones se arregló con economía y con sujeción á reglas sanitarias; cuidóse estremadamente de la limpieza personal, y se adoptaron los demas medios oportunos para descubrir y remediar cualquier aparición de escorbuto. Hacíase diariamente ejercicio en tierra, y si el tiempo no lo permitia, solia suplirse con saltos y danza en la cubierta: las partidas de caza eran tambien frecuentes, y para evitar el tedio se representaban comedias, y cada semana se imprimia á bordo una gaceta titulada "*Las crónicas de un invierno*." Por estos medios procuraban vencer la desagradable monotonía de su triste existencia, que segun el capitán Parri, "era una muerte lenta de la mas terrible desolación, una privación total de existencia animada."

El año nuevo empezó con tiempo suave, y la aurora boreal hizo entonces su aparición, particularmente en 15 de enero en que fueron sorprendidos con la vista mas brillante y variada de este fenómeno entre todas las que se observaron durante aquel año. En 3 de febrero se vió por la primera vez desde la cofa del palo mayor del Hecla el limbo superior del sol, que habia estado bajo el horizonte desde 11 de noviembre. En 30 de abril subió el termómetro al punto de comenzar el deshielo, pero hasta  $1^{\circ}$  de agosto no

podieron salir los barcos del puerto. Se tomó entonces el rumbo hacia el Oeste, pero el estado del hielo era tal que detenía la navegación á cada milla, de modo que costó 16 dias de continuo esfuerzo para llegar á la longitud de  $113^{\circ} 47'$  en latitud  $74^{\circ}, 28'$  cuando se vió que era impracticable continuar la expedición, y consiguientemente se resolvió volver atrás á la primera oportunidad, asegurando los barcos por algunos dias. En una ocasion se descubrió una manada grande de ganado, y se mandó una partida en caza de ellos, logrando matar dos toros, uno de los cuales dió 355

libras de carne, la que sin embargo del fuerte olor á almizcle fue un regalo para la tripulación.

En 26 de agosto se hicieron los barcos á la vela por el Este, y en el 31 se hallaron fuera de la Sonda de Lancaster, é inmediatamente se comenzó el reconocimiento de la costa occidental de la bahía de Baffin, continuando hasta la latitud  $68^{\circ}$  cuando hallando imposible el saltar á tierra ni continuar el reconocimiento, hicieron rumbo para Inglaterra donde llegaron á principios de noviembre, siendo recibidos con alegría general.



EL HOTENTOTE.

**A**UN cuando el Cabo de Buena Esperanza fue descubierto por los portugueses en 1493, no llegó á establecerse en él colonia europea hasta mediados del siglo XVII. Los holandeses, bajo las órdenes del cirujano Van Richebeck, fundaron el primer establecimiento, pues que los portugueses habian estado disgustados allí desde el principio por los combates que habian sostenido con los naturales de aquel pais.

La compañía holandesa no pensó desde luego mas que en el partido que pudiera sacar del cultivo de aquel suelo; pero á medida que las ventajas se hacian mas evidentes, los europeos aumentaron sus posesiones hasta el punto de relegar la poblacion indigena á los áridos desiertos donde se refugian los Namacqueses errantes y las hordas de los Bushmanes. En estos desiertos, es donde los ha visitado el célebre viajero francés Levaillant, á quien debemos la mayor parte de los detalles que siguen.

El hotentote tiene los juanetes de las megillas muy prominentes, y la mandíbula por el contrario estremadamente estrecha; así es que su fisonomía vá en disminucion hasta la punta de la barba. La nariz aplastada no pasa en al-

gunos de seis líneas de longitud, y los agujeros son estremadamente abiertos; la boca es grande y poblada de menudos dientes en figura de perlas, de una blancura sorprendente; los ojos hermosos, aunque algo inclinados hacia la nariz: el hotentote es perfectamente proporcionado; su marcha es graciosa y flexible; las mujeres son igualmente bien formadas, y sus brazos, manos y pies estan modelados con una delicadeza que no era de esperar entre ellas.

El hotentote demuestra generalmente una sangre fria, y conserva una presencia de ánimo reflexivo y reservado: se ocupa con el mayor esmero en la custodia de sus ganados, porque naturalmente es pastor, y ni aun tiene idea de los primeros elementos de agricultura; ni siembra, ni planta, ni hace recoleccion, y es tal su incapacidad que ni aun queso ni manteca sabe elaborar: bebe la leche tal cual la naturaleza se la suministra.

Dedicado esclusivamente á la custodia de sus rebaños, es por necesidad diestro y atrevido cazador, y en sus cacerías le sirve de poderoso auxiliar su vista sutil y perspicaz. Sobre un terreno seco donde el elefante no deja huella alguna, en medio de la hojarasca arrastrada por el viento

sabe reconocer la presencia del colosal cuadrúpedo y perseguirle conducido por levisimos indicios, que á veces no son otros que una hoja verde desprendida del árbol, ó una rama desgajada, los que le conducen á descubrir su presa.

La principal pieza del vestido del hotentote es una especie de capa formada de pieles de carnero ó de fieras, cosidas con intestinos: esta capa, llamada *Keross*, le sirve por la noche de cobertor y por el día de vestido: si hace calor la abre, si hace frío la cierra: cuando está vieja le sirve para cubrir su cabaña, y de mortaja cuando muere: tiene ademas una especie de delantal que ata al rededor de las caderas.

El hotentote que representa el grabado es, como puede verse por su pantalón, sombrero y calzado, de los que se hallan en contacto con los europeos, de los cuales ha adoptado algunas prendas de vestir; pero las facciones de su rostro conservan el carácter de su raza.

Las invasiones de los europeos que habian hecho á los hotentotes ir gradualmente perdiendo el derecho de apacentar sus rebaños, les habian reducido poco á poco á una especie de servidumbre muy semejante á la esclavitud ordinaria; pero los ingleses los emanciparon en junio de 1828, y los ilotas del Cabo, en número de 30.000, han sido admitidos á gozar de los mismos derechos y privilegios civiles y políticos que la poblacion blanca de la colonia.

## PARISINA.

(Conclusion. Véase el número anterior.)

### XIV.

**N**o la muerte me espanta,  
 pues me has visto mil veces á tu lado  
 en medio del combate ensangrentado  
 contemplar sus horrores  
 con semblante sereno y firme planta;  
 y ha vertido mas sangre en tu defensa  
 el hierro que tus fieles servidores  
 de este cinto han quitado,  
 que la que al golpe fiero del verdugo  
 hoy se verá correr del cuello de Hugo.  
 Tú me diste la vida,  
 y tú puedes quitármela á tu antojo;  
 no te agradezco el don, mi raudó enojo  
 jamás la injuria de mi madre olvida.  
 Siempre mi corazón tiene presente  
 de su amor inocente  
 el traidor galardón, su nombre ajado,  
 tu vil engaño, y la espantosa herencia  
 de oprobio y deshonor con que has manchado  
 de un hijo miserable la existencia;  
 mas la infeliz murió, y en este día  
 va á gozar en la tumba  
 de su hijo y tu rival la compañía.  
 Si; su pasión amante  
 y mi tronco sangriento y palpitante  
 dirán en el imperio del olvido  
 á los que habitan su mansión oscura,  
 cuales con tu hijo y con tu amada han sido  
 tu dulce amor, tu paternal ternura.  
 Es verdad, te injurié; pero ulcerado  
 una injuria con otra te he pagado:  
 esta infeliz que miras, para esposa  
 me la guardaba el cielo;  
 víctima de tu orgullo lastimosa,  
 tú la robaste á mi amoroso anhelo;  
 tú viste y codiciaste su hermosura,  
 y por lograr tu intento  
 me echaste en cara el triste nacimiento  
 que solo debo á tu pasión perjura.

«Dijiste que era indigno de sa mano,  
 que nunca á ser su esposo llegaría,  
 porque heredar tu nombre no podía  
 ni de Ferrara el cetro soberano:  
 mas cree que si el destino favorable  
 hubiese algunos años dilatado  
 mi vida hoy miserable,  
 yo hiciera que mi nombre celebrado  
 por todo el Universo resonara,  
 y por la trompa de la fama alzado  
 con eterno laurel le coronara:  
 yo con mi espada sola  
 de Marte en las funciones,  
 donde la gloria su pendón tremola,  
 ganado hubiera escudos y blasones;  
 blasones mas preciados y esplendentes  
 que los de tus altivos ascendientes.  
 La suerte muchas veces, no al guerrero  
 de mas prez y valía  
 dá la espuela mejor de caballero;  
 pero bien sabes tú cómo la mía  
 ha lanzado al combate al potro ardiente  
 dejando atrás á nobles orgullosos,  
 cuando el hierro inclemente  
 rompió los escuadrones polvorosos,  
 y yo clamé inspirado por la gloria  
 con resonante voz: «Este y Victoria.»  
 No creas que disculpe mi delito,  
 ni con bojeza pida  
 que algunas horas mas me des de vida;  
 ¿por qué don tan mezquino  
 recibir de tu mano,  
 si al fin he de morir tarde ó temprano?  
 aquellas horas de placer divino  
 que en el seno del crimen  
 encadenado el corazón tuvieron;  
 ¿no podían durar... desaparecieron....  
 humildes son mi nombre y nacimiento,  
 y tu antigua nobleza  
 con ceño ha contemplado y sentimiento  
 al hijo del error y la flaqueza:  
 mas quien ve mis facciones,  
 en ellas mira impreso tu semblante,  
 y tu espíritu altivo y arrogante;  
 tuyas, (no te sorprenda mi osadía)  
 son todas mis pasiones;  
 tuyo este corazón siempre orgulloso,  
 tuyas... por su energía  
 mi alma de fuego y brazo vigoroso:  
 que la existencia sola no me has dado:  
 tu ser, tu mismo ser he recibido;  
 y de tan vil amor solo has sacado  
 un hijo hasta en lo falso parecido.  
 Grande es como la tuya el alma mía,  
 pues nunca la manchó mi bastardía,  
 y este soplo vital, don miserable  
 que me diste y me quitas irritado,  
 sabes le he prodigado  
 cuando cubierto de acerada malla  
 volé al combate, y en sus iras fieras  
 gocé mirando el campo de batalla  
 lleno de rotos cascos y banderas.  
 ¡Plugiera á Dios que entonces  
 entre su estruendo y su furor sangriento  
 al ronco son de los guerreros bronce  
 lanzado hubiera el postrimer aliento!  
 nombre eterno ganara;  
 viera mi sed de gloria satisfecha,  
 si entonces acabara  
 al rigor de una lanza ó de una flecha!  
 y no que ora ¡infeliz! apenas tengo  
 valor para morir; pues aunque hiciste  
 desdichada á mi madre; aunque has robado  
 á mi cariño esta hermosura triste  
 que mi dulce consuelo,  
 mi tierna esposa hubiera sido un día,  
 conozco eres mi padre todavía;

«y tu sentencia adusta  
 «no la tengo, aunque tuya, por injusta.  
 «Nacido en el pecado,  
 «desnudo de inocencia,  
 «y á sangriento suplicio condenado,  
 «cual empezó concluye mi existencia:  
 «los dos erramos; pero en este día  
 «dispone la fortuna  
 «airada contra mí desde la cuna  
 «lave el tuyo y mi error la pena mía.  
 «A los ojos de un mundo que no temo  
 «es bien horrible el crimen que me aqueja;  
 «pero hay un ser supremo  
 «que nos ha de juzgar; él me proteja.»

## XV.

Dijo, cruzó los brazos sobre el pecho,  
 y se oyeron entonces tristemente  
 las cadenas sonar que le ceñían;  
 y no hubo allí presente  
 quien no se contemplara conmovido  
 de los pesados hierros al crujido.

Mas tórnase despues; la corte entera  
 curiosa y palpitante  
 entre el horror y lástima examina  
 la hermosura fatal de Parisina:  
 ¡ay Dios! ¿cuándo creyera  
 ver á su tierno amante  
 condenado á su vista á muerte fiera?

Pálida, inmóvil, silenciosa estaba  
 con los ojos clavados en el suelo,  
 ni en torno los jiraba  
 ni los alzaba al cielo,  
 ni los cerró una vez; pero entre tanto  
 sus párpados hermosos  
 cubrió la palidez, heló el espanto:  
 tal vez alguna lágrima abrasada  
 de las moradas órbitas salía  
 regando la mejilla yerta y fria,  
 y en ella se quedaba congelada;  
 y todos admiraron  
 que pudiesen correr de ojos mortales  
 lágrimas como perlas orientales.

Y quiso hablar, y en vano se esforzaron  
 sus labios á exalar un triste acento,  
 que la voz ayudada en la garganta  
 quedó sin movimiento,  
 y solo se escuchó sordo suspiro  
 en el que parecía  
 que el corazón con misera agonía  
 su asiento abandonaba:

cesó; tornó de nuevo al vano intento,  
 y cuando por lograrlo se esforzaba,  
 envuelto en un trístico gemido  
 lanzó largo alarido,  
 exánime cayendo al duro suelo  
 como mármora estatua derribada  
 de base levantada.

¡Virgen Santa! ¡qué horror! ocupa el hielo  
 de su rostro gentil la rosa y nieve;  
 miradla, no se mueve:  
 sombra de lo que fué, reliquia triste  
 de la esposa del duque, mas semeja  
 despojo miserable  
 que ni alienta ni existe,  
 que la mujer frenética y culpable  
 sujeta al huracán de las pasiones  
 que el corazón la rasgan y la oprimen;  
 y en dura lucha, y en combate incierto  
 tuvo valor para arrojarle al crimen,  
 y no para mirarle descubierto.

Mas aun vivía, y demasiado presto  
 en sí volvió de su mortal desmayo;  
 aun de la vida el rayo  
 tornó en ella á brillar, mas ¡cuán funesto!  
 vuelve, y no á la razón; intensa pena  
 su cerebro y sentidos enagena,

y la agitada mente  
 (cual arco por la lluvia humedecido  
 lanza mejor la flecha voladora)  
 brota de sí con impetu ferviente  
 mil vagos pensamientos que han nacido  
 de la cruda pasión que la devora.  
 Con dolorido pecho  
 contempla lo pasado y lo futuro,  
 solo mira delante un yermo oscuro  
 con débil claridad de trecho en trecho:  
 así en la noche, errante el peregrino  
 vé á la luz del relámpago el camino,  
 anhela los reflejos  
 de su fugaz y pasajera llama,  
 mientras sobresaltado oye á lo lejos  
 nocturna tempestad que sorda brama.

Sintió luego temor, vió con espanto  
 del alma la congoja,  
 y el corazón en misero quebranto  
 marchito y abatido  
 como la flor que el ábrego deshoja;  
 vió el cielo por su mal endurecido,  
 sufría angustia fiera  
 y vergüenza y rubor de su pecado:  
 vió que uno iba á morir; pero ¿quién era?  
 ¡ay! todo lo ha olvidado:  
 ni sabe donde está, ni que ha pasado;  
 ni aunque la luz del día la ilumina,  
 distingue la mezquina  
 si son espectros pálidos ó sombras  
 las que vé en derredor; que por dó quiera  
 vuelve la vista en lágrimas turbada,  
 se mira contemplada  
 con ceño adusto y frialdad severa;  
 para su corazón atormentado  
 de angustias y dolores  
 es todo confusion, caos horrible  
 de vagas esperanzas y temores:  
 alternan en su faz causando espanto  
 ya la risa, ya el llanto,  
 y el sello de la histérica demencia  
 grabado en sus facciones,  
 demuestra la violencia  
 del volcan interior de las pasiones;  
 mas el afán, la pena que amargara  
 su existencia horrorosa,  
 sueño la parecía, ¡ay venturosa,  
 si nunca de él á despertar tornára!

## XVI.

Se oye en la antigua torre del convento  
 de la campana el eco repetido:  
 ¡oh! cómo su clamor solemne y lento  
 conmueve el corazón, hierre el oído!  
 el himno religioso  
 del templo entre las bóvedas sombrías  
 resuena resposo;  
 es canto funeral; piedad implora  
 por el que está en la tumba sepultado,  
 ó por el desgraciado  
 que vá luego á morir; en voz sonora  
 la antifona sagrada se levanta,  
 y por el bien de un alma ruega y llora:  
 sí, por el bien de un alma pecadora  
 resuena el bronce, el cenobita canta.

Allí el reo infelice  
 hincado está á los pies del religioso;  
 espectáculo atroz que á todos dice  
 la cólera de un padre y de un esposo:  
 en la tierra desnuda  
 clavada la rodilla;  
 al lado el tajo en que la muerte cruda  
 pondrá fin á sus penas, y delante  
 la guardia vigilante  
 que de luciente acero armada brilla;  
 y el verdugo despues que desnudando  
 el brazo poderoso

por dar mas fuerza al golpe vigoroso,  
y la cercana victima esperando  
con sereno ademan y aire tranquilo,  
del hacha matadora prueba el filo:  
en tanto que á sus hábitos sangrientos  
cede el pueblo aunque mudo, y desalado  
corre á gozar los últimos momentos  
de un hijo por su padre condenado.

## XVII.

Es la tranquila y regalada hora  
que precede del sol á la caída  
en tarde del estio encantadora;  
y su faz encendida  
se muestra en el ocaso mas hermosa  
entre nubes cuajadas de oro y rosa:  
sus rayos moribundos hieren de Hugo  
la fatídica frente,  
destinada á las manos del verdugo  
por el hado inclemente:  
con el semblante inmóvil en el suelo,  
olvidado del mundo y los amores,  
confiesa humildemente sus errores,  
y abiertos los cancelos vé del cielo,  
pues resignado espera  
sü que la muerte pálida le asombre,  
oir la absolucion consoladora  
que la mancha mortal lava en el hombre.

Brillaba el rojo sol en su cabeza  
cuando atento escuchaba,  
y en los dorados rizos del cabello,  
que daban sombra á su desnudo cuello,  
la luz en vivas ráfagas jugaba;  
pero brillaba mas en el acero  
del hacha ponderosa  
que arroja un resplandor siniestro y fiero.  
Amarga y espantosa  
fue tal hora en verdad; ninguno pudo  
guardar la faz serena;  
los que mas rigurosos se mostraron  
hondo terror sintieron;  
era el crimen atroz, justa la pena:  
pero se estremecieron  
cuando tal espectáculo miraron.

## XVIII.

Ya el rezo fervoroso ha concluido  
de aquel hijo traidor y osado amante;  
un perdon sus errores dió al olvido,  
toca su vida en el supremo instante:  
despójale del manto; su cabello  
cede al impulso de fatal tijera,  
para que el blanco cuello  
pueda segar mejor el hacha fiera;  
ya está—¡qué horror! ¡oh Dios! la banda hermosa  
que Parisina tierna y amorosa  
para él bordara un día  
no le hará en el sepulcro compañía;  
hay que arrojarla á un lado  
y sus ojos vendar; mas tanto oprobio  
no pudo ya sufrir: y arrebatado  
clamó; «Vuestra es mi vida,  
«vuestro el aliento mio,  
«pero dejad al menos,  
«que con ojos serenos  
«contemple de la muerte el rostro frío;  
«Hiere», dijo al verdugo, y con firmeza  
tendió encima del tajo la cabeza.  
Tal fue su último acento  
«Hiere!»....

Pálida al sol cayó brillando  
la pesada cuchilla, y al momento  
la cabeza se vió rodar saltando,  
mientras cayendo atras el tronco informe  
grave, desfallecido y lastimoso,  
con el humor de las rasgadas venas  
manchaba en torno el suelo polvoroso.  
Sus ojos y sus labios

trémulos, convulsivos se agitaron,  
pero pasó un instante,  
y para siempre inmóviles quedaron.

Murió con humildad; sin altanera  
pompa ni ostentacion, sin aparato;  
como siempre el mortal morir debiera:  
contrito, arrepentido;  
al eco santo, al superior mandato  
del ministro de Dios prestó el oido:  
cuando estuvo á los pies arrodillado  
del prior venerable,  
ni una idea mundana y deleznable  
turbó su corazon al cielo alzado;  
el autor de su vida,  
la funesta hermosura tan querida,  
en tal hora á sus ojos nada fueron,  
porque los dió al olvido  
como si nunca hubiesen existido.  
Ni el alma le alijieron  
su piedad alarmando y su esperanza  
la desesperacion y la venganza;  
el cielo fue su solo pensamiento,  
la devota oracion su solo acento;  
sino es cuando el verdugo compasivo  
quiso bendar sus ojos, porque entonces  
animoso y altivo  
pidió que le dejara  
ver la faz de la muerte cara á cara:  
y esta súplica triste concedida  
no sus labios despues se desplegaron;  
fue aquella la postrera despedida  
de cuantos el suplicio presenciaron.

## XIX.

Mudos, frios, helados  
como el yerto cadáver que allí miran  
los que delante estan, horrorizados  
parece que ni alientan ni respiran:  
que un eléctrico hielo  
los pechos ocupó cuando cayendo  
la segur con violencia despedida,  
derribó por el suelo  
la miserable victima, poniendo  
fin á su amor y término á su vida;  
y no rompió el silencio pavoroso  
sino el ruido del hacha ensangrentada  
que con eco espantoso,  
segando la cerviz, quedó clavada;  
pues turbado y deshecho  
el suspiro doliente  
que iba á exhalar cada aflijido pecho  
retrocedió del labio de repente.

Solo se oyó una voz.—¿Quién rasga el viento  
con misero lamento?  
agudo con frenético alarido  
de cariñosa madre que demente  
á su niño querido  
mira espirando en súbito accidente,  
sube el amargo acento al alto cielo  
como el grito de un alma condenada  
á tormentos sin fin, á eterno duelo.  
Aquella voz horrible y alterada  
penetra la entreabierta celosia  
de la regia mansion donde Azo mora,  
y suena tronadora  
derramando el espanto y la agonía.

Trémulos y confusos se volvieron  
damas, señores, guardias y doneces  
á mirar y escuchar; mas vanamente  
porque improvisamente  
la voz y quien la dió desaparecieron.  
Fue el /ar/ de una mujer; y nunca, nunca  
con mas horrible grito  
han mostrado su afan y desventura  
la desesperacion y la locura;  
porque sonó aquel ay tan lastimero  
que todo el que suspenso le escuchaba,

deseó por piedad fuese el postrero  
de la boca mortal que le lanzaba.

## XX.

Y Hugo murió por fin; mas desde entonces  
ni del palacio en la soberbia estancia,  
adornada de mármoles y bronce,  
ni en la frondosidad y la fragancia  
del bosque y del jardín, á Parisina  
se vió ni oyó jamás; su mismo nombre  
de ninguno escuchado,  
por nadie proferido,  
se hundió en eterno olvido;  
cual si solo el mentarle derramase  
mortífero veneno,  
y el aire do sonara se mostrase  
de maldición y de ignominia lleno.  
Nadie al príncipe oyó con voz llorosa  
hablar jamás de su hijo ni su esposa,  
ni les alzó sepulcro, ni á su muerte  
para eterna memoria,  
áurea inscripcion en lamentable historia  
contó su amarga suerte:  
ni sus cuerpos con canto lastimoso  
fueron puestos en tierra bendecida,  
al menos el del triste caballero  
que aquel día de horror perdió la vida,  
porque el fin de su cómplice en silencio  
yace oculto y callado  
cual polvo frío en atahud guardado.

Ninguno saber pudo  
si en santo monasterio retirada  
con lágrimas, cilicios y abstinencia  
labando el estravio y la licencia,  
puesta á los pies del Salvador divino  
de la eterna salud buscó el camino;  
ni si yerro, ponzoña ó lazo estrecho  
que ministró en secreto mano impia  
dieron venganza al profanado lecho  
en la tremenda noche de aquel día;  
ni si el rigor de rápido accidente  
acabó fieramente,  
cual si la misma muerte así quisiera  
compasiva y piadosa  
con agonía leve y pasagera  
terminar el afán de aquella hermosa.  
Ninguno lo ha sabido;  
su suerte es un arcano,  
y fuera intento vano  
quererlo descubrir; quede sumido  
en silencio profundo,  
y solo sepa el mundo  
que dió á questa infeliz la suerte dura  
tras de culpable vida muerte oscura.

## XXI.

Y Azo buscó otra esposa, y á su lado  
crecieron niños bellos;  
pero ninguno de ellos  
como el que duerme en el sepulcro helado;  
y si eran tan hermosos,  
al menos él con fría indiferencia  
los vió crecer, mirando sin cariño  
los juegos de su dulce adolescencia:  
jamás se vió su pálida megilla  
regada en tierno llanto;  
nunca de la sonrisa el dulce encanto  
disipó las tinieblas de su frente,  
de su frente sombría  
dó la cavilacion que le ocupara  
en intrincadas rugas se mostrara;  
surcos que abre en las sienas con su reja  
del temprano dolor el hondo arado;  
cicatrices del alma que allí deja  
el combate interior que ha reportado.  
Insensible al dolor y la alegría,  
tan solo le quedaba

en pos de noche insomne amargo día;  
muerto al desprecio y al cariño muerto,  
aislado el corazón intransitable,  
jamás se mostró abierto  
de la piedad al grito respetable;  
mas dentro del inextinguible hoguera  
ardía de continuo;  
el brazo riguroso del destino  
á sufrir y callar le condenaba;  
y mas sufría cuanto mas callaba.  
Así en diciembre endurecido el hielo  
ata el puro cristal del arroyuelo,  
y aunque inmóvil parece su corriente,  
veloz se precipita  
y bajo de su velo transparente  
las verdes yervas en el fondo agita.

Su oscuro seno ocupan entretanto  
pensamientos de horror y de amargura  
que no es dado arrancar aunque del llanto  
cegar se quiere la corriente pura:  
como cuando á los ojos de repente  
asomarse las lágrimas sentimos,  
y con costoso afán las impedimos  
que rieguen nuestra faz: entonces ellas  
no se secan allí; rápidamente  
tornan al manantial donde han nacido,  
y en él se depositan al momento  
puras, ricas y bellas:  
lágrimas de placer que nunca han sido  
vistas, acompañadas ni sentidas,  
que nunca con sus alas tocó el viento,  
y cuanto mas ocultas mas queridas.

Con cruda sensación que le quedara  
solo para que misero llorara  
las que habia perdido;  
sin poder cejar con cosa alguna  
el yermo de la vida entristecido  
por el rigor de la áspera fortuna;  
y hasta sin esperanza  
de ver á sus dos víctimas felices  
del cielo en las moradas prometidas  
dó las almas del yerro arrepentidas,  
disfrutarán eterna bienandanza  
sin que de su existencia,  
turbasen los instantes  
pesar, remordimientos ni dolores:  
creyendo siempre justa su sentencia  
y que fueron los miseros amantes  
de su propio infortunio los autores:  
así vivió; como el mortal sereno  
que al clavo agudo del dolor resiste;  
pero fue su vejez amarga y triste.

Pueden del robles añoso  
las ramas desecadas  
por el prudente labrador podadas  
tornar á desplegar verdor frondoso;  
mas si el rayo del cielo  
que de cárdena nube se desata  
sus brazos rasga en inflamado vuelo,  
y la vida y el ser les arrebatada,  
desnudo el tronco lánguido fallece,  
y nunca en nuevas hojas reverdece.

H. V.

